

EL CONFLICTO

Los cristianos en Tierra Santa son el eslabón débil de la guerra mundial

LIBERTAD RELIGIOSA

16_03_2026

**Nicola
Scopelliti**



Nuestro corazón está profundamente afligido al saber que no pocos fieles cristianos de Palestina se han dispersado o se han visto obligados a abandonar sus hogares, afectados por los acontecimientos de la guerra. Es el 15 de abril de 1949. El entonces

pontífice Pío XII, con estas palabras, describe en la encíclica *Redemptoris Nostri Cruciatu* la tragedia de los cristianos palestinos. Esas palabras siguen siendo actuales: la espiral de violencia de nuestros días sigue empujando a los cristianos de Palestina al exilio y al abandono de su tierra. En los lugares donde nació el cristianismo existe el riesgo de que la presencia cristiana se vaya reduciendo de forma imparable. Aunque la traten como una cuestión marginal, no lo es. Todo lo contrario: es una realidad que contradice muchas “narrativas consoladoras”. No se trata de un abandono masivo, sino del efecto inexorable de las guerras, las crisis políticas, las radicalizaciones religiosas y la indiferencia internacional.

“Los cristianos aquí no son huéspedes”. El patriarca latino de Jerusalén, Pierbattista Pizzaballa, lo repite desde hace tiempo. Lo dice sin diplomacias. Sin rodeos. Los cristianos forman parte de la historia de esta tierra. Desde siempre. Surge, por tanto, una pregunta natural que muchos prefieren eludir: ¿Cuánto tiempo más podrá resistir la comunidad cristiana de Palestina? Hay una verdad que a menudo se olvida en Europa. Los cristianos de Oriente Medio no son una presencia importada desde Occidente. Son los descendientes de las poblaciones más antiguas de la región. Comunidades arraigadas desde hace siglos. Y, sin embargo, hoy esa presencia se va reduciendo.

La guerra que atraviesa Oriente Medio, con Israel en el centro de un enfrentamiento cada vez más amplio, que involucra a Gaza, al Líbano de Hezbolá, a Irán y a Siria, no es solo una guerra militar. No es solo ideología o geopolítica. Es también un lento vaciamiento. Un proceso que dura ya años. Silencioso. Constante. Demográfico antes incluso que político. Comunidades históricas enteras que abandonan la región. Algunas por miedo. Otras, por cansancio. Otras, simplemente porque ya no ven un futuro. El resultado está a la vista de todos. Oriente Medio pierde pedazos de su historia. Y entre todas las antiguas minorías de la región, los cristianos son quizás la más vulnerable. La más difícil de ignorar.

En Tierra Santa, la situación es cada vez más paradójica. En los lugares que cada año visitan millones de peregrinos de todo el mundo, las comunidades cristianas locales se vuelven cada vez más irrelevantes. En Belén, como en Jerusalén, y en muchas ciudades de Cisjordania, el número de cristianos presentes se ha reducido debido a la emigración. El propio Pizzaballa lo ha dicho con palabras muy directas durante los últimos meses de estas absurdas guerras: “El mayor problema no es solo la violencia, es la falta de futuro”. Y cuando una comunidad deja de imaginar su futuro en un lugar, tarde o temprano abandona ese lugar.

Sin embargo, precisamente los cristianos palestinos han sido históricamente un

componente importante de la sociedad local: cultos, urbanizados, a menudo protagonistas de la vida cultural y política. Hoy en día permanecen, sobre todo, como custodios de los santuarios y de las tradiciones litúrgicas. Una presencia simbólica más que una comunidad con peso real. Israel, por su parte, reivindica a menudo la protección de las minorías religiosas dentro de su propio Estado. Y es cierto que los ciudadanos israelíes de religión cristiana disfrutaban de libertades civiles desconocidas en muchos países de la región, salvo en Jordania. Pero esto no borra una tensión creciente: la radicalización del conflicto y el auge de sectores ultranacionalistas hacen que la convivencia sea cada vez más difícil también allí. Los colonos están fuera de control, libres de actuar contra los palestinos, conscientes de que nunca serán castigados. Nadie puede negar que todo esto esté ocurriendo.

Si la Tierra Santa representa el declive demográfico del cristianismo en Oriente Medio, el Líbano, por su parte, diseña su laboratorio político. O mejor dicho: su campo de batalla histórico. Durante décadas, el País de los Cedros fue el único país árabe donde los cristianos no eran simplemente una minoría, sino uno de los pilares del Estado. La cultura libanesa, la presidencia de la República confiada a un cristiano maronita y el sistema político construido sobre un delicado equilibrio confesional aún llevan las profundas huellas de esta presencia. La crisis económica que ha devastado el país, el auge de Hezbolá y el conflicto permanente con Israel han reducido drásticamente el espacio político de las fuerzas cristianas. En otras palabras, los cristianos libaneses ya no son el eje del sistema: son uno de los muchos actores que intentan no verse arrollados.

En Irán, donde la situación se ha agravado dramáticamente en los últimos días debido al conflicto en curso, el Gobierno ha aprovechado el pretexto para intensificar las detenciones y las persecuciones, incluso contra los conversos del islam. Las detenciones han aumentado, al igual que las penas de prisión, mientras que la propaganda oficial ha presentado a los cristianos como una amenaza interna, tachándolos de “sionistas” o agentes extranjeros. Las condenas afectan a quienes poseen una Biblia o se bautizan. Muchos huyen hacia la frontera armenia, mientras que la comunidad de conversos sigue creciendo, aunque se vea obligada a la clandestinidad. El “momento negro” de los cristianos iraníes se consume entre la represión, la guerra y la necesidad de ocultar su fe.

La guerra civil en Siria ha convertido a los cristianos en peones geopolíticos: el régimen de Damasco, durante años, los ha elevado a símbolo de su narrativa autoritaria, presentando al Estado como único baluarte contra el caos yihadista. Los

cristianos, más que protagonistas, han sido la prueba viviente de la protección de las minorías, a menudo toleradas por necesidad o por miedo cuando los yihadistas conquistaban regiones enteras. El mensaje era claro: sin este poder, la supervivencia de las minorías estaría en peligro. Una protección que, sin embargo, también se reveló como una forma de secuestro político.

En Oriente Medio, las familias venden sus casas, los jóvenes emigran, las iglesias permanecen, pero los barrios se vacían. Es una transformación lenta pero radical. En el transcurso de un siglo, el cristianismo, en estos lugares, ha pasado de ser una presencia extendida y arraigada a reducirse a una constelación de minorías cada vez más irrelevantes. El patriarca Pizzaballa insiste a menudo en un punto que en Europa cuesta comprender: la presencia de los cristianos no es solo una cuestión religiosa, sino también política y cultural. “Si los cristianos desaparecen”, ha advertido, “desaparecerá también una parte esencial de la identidad de esta tierra”.

Y aquí surge la hipocresía de Occidente. El Occidente moralista que a menudo habla de los cristianos de Oriente Medio como de un patrimonio cultural que hay que proteger. Se les menciona en los discursos, pero se les olvida en las decisiones. Jerusalén, Belén, Antioquía, Damasco, ciudades donde se desarrolló la fe de los orígenes, podrían convertirse en lugares visitados por peregrinos, pero habitados casi exclusivamente por comunidades no cristianas.

En esencia, la nueva guerra no solo está redefiniendo las fronteras geopolíticas de Oriente Medio, sino que también está rediseñando su geografía religiosa en detrimento de los cristianos.